

REFLEXIONES EN TORNO A

La práctica académica de la Comunicación Social

Angela María Godoy Fajardo*

El presente artículo surge como reflexión personal a partir del proceso de elaboración del trabajo de grado "La formación profesional de Comunicadores Sociales en América Latina" presentado por Claudia Lucía Calderón, Angela María Godoy, Claudia Lucía Herrán, María Emilia Montes y Luz Nelly Páez, bajo la dirección del P. Joaquín Sánchez. El trabajo fue realizado para la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS).

Aproximarse a una realidad tan compleja como la académica es una tarea difícil, más aún, cuando nos referimos a la formación de los profesionales de la comunicación. Esta dificultad tiene que ver con la diversidad de intereses que dieron origen a las escuelas de comunicación y con el prolongado debate que se ha suscitado en torno a la "cientificidad" de la disciplina.

Muchas de las reflexiones que se han desarrollado alrededor de las prácticas y la enseñanza de la comunicación en las escuelas de América Latina se

* Comunicadora social de la Universidad Javeriana, egresada en 1984. Actualmente profesora del área de Teorías de la Comunicación.

caracterizan por su enfoque generalizante y formalista. Cuando nos detenemos a pensar en la problemática a la que se enfrentan los centros docentes, no basta con suponer que la educación, sea cual sea el área disciplinar al servicio de la cual se encuentre, es una realidad socio/cultural, histórica y política. Es necesario reconocer, como punto de partida, que el modo de ser de las relaciones que dinamizan las prácticas académicas, no es, ni puede ser tan homogéneo.

Pensar hoy, 1985, en *un modelo* para la formación de comunicadores en América Latina es un hecho posible sólo desde la reducción esquemática de la práctica académica a algunas de las características formales, comunes a la mayoría de las estructuras curriculares. Por estas razones, enunciar "soluciones" para una crisis evidente, desconociendo la pluralidad de realidades que se nombran cuando hablamos de América Latina, no parece ser el camino más sensato. La diversidad nos señala otro camino: el de la auto-reflexión. Esto significa que la eficacia social de un proyecto académico debe ser cuestionada por los sujetos que lo actualizan y por aquellos que conforman el entorno socio/cultural al que pretende responder desde los resultados concretos de sus procesos de enseñanza/aprendizaje.

Si aceptamos que toda práctica social es el resultado de un "actuar subjetivo" (1), y que tanto sujeto como práctica son susceptibles de constituirse en "objetos" de reflexión crítica, entonces, estaremos generando la posibilidad de abstraer algunos de los aspectos implicados en el entramado de relaciones que configuran cualquier "quehacer" humano.

En este orden de ideas, las reflexiones que se desarrollan a continuación, con base en una experiencia concreta, intentan rescatar algunos matices de la cotidianidad escolar, que escapan a la "validez" y "confiabilidad" de cualquier instrumento de recolección de información que pretenda describir los procesos de formación profesional. Simultáneamente, se irán planteando algunos interrogantes que buscan suscitar la reflexión entre aquellos que participan del proceso, y que son concientes de las responsabilidades que se derivan de una labor académica comprometida.

Si preguntamos por los objetivos de formación que orientan la labor de cualquier escuela de comunicación, no sería difícil encontrar en ellos un común denominador: El de contribuir al "desarrollo" y a la "transformación" social.

(1) El calificativo no se refiere a la (Subjetividad) entendida como una reducción a la individualidad psíquica de un sujeto particular. Lo que se quiere resaltar, es el hecho de que el sujeto que actúa se encuentra en relación temporal con otros. Por lo tanto, "el actuar" subjetivo, hace referencia a la actividad de una entidad cultural, que no necesariamente es singular.

Para cada caso particular, en las políticas institucionales se encuentran implicados los conceptos de educación, comunicación, y desarrollo desde los cuales, no necesariamente, se propone el "perfil" de un comunicador preparado para enfrentar la problemática comunicacional de su entorno socio/cultural.

La acción de la "*conciencia académica*" frente a todas aquellas "razones" o "sin razones" que justifican el orden social existente, parece reducirse a la reproducción de un discurso "denuncista", que ni siquiera se preocupa por recuperar los supuestos desde los cuales se han *institucionalizado* ciertas prácticas.

Algunas veces parece que olvidáramos que la vida no es algo dado, sino algo que se construye. En este sentido, desconocer la existencia de OTROS modos de pensar y hacer comunicación, parecería una razón insuficiente para negarlos y quedarnos conformes con los que ya *son*.

No podemos olvidar que la historia de nuestras sociedades es y está siendo el resultado de imposiciones, condicionamientos y sobretodo contradicciones; pero tampoco podremos mantener la creencia de que la posibilidad de la transformación social se encuentre en manos del azar o bajo el imperio absoluto del devenir.

La historia es algo que nos atañe a todos como sujetos de la misma y es reprochable, desde todo punto de vista, "anunciar" el advenimiento de "otra" sociedad, mientras no nos sintamos comprometidos en la tarea de construirla. ¿Cuántos de nosotros hemos actuado, de manera concreta, para contribuir a instaurar los procesos de *comunicación* que promovemos en nuestras prácticas teóricas?

Muchos de los desarrollos y logros de los investigadores de la comunicación en América Latina han perdido la magnitud y el sentido de su constitución axiológica cuando corren la "suerte" de ser incluidos en las "asignaturas". La falta de relación entre los sectores investigativo y académico se manifiesta en situaciones en las que las propuestas descontextualizadas, se convierten en discursos incomprensibles para los estudiantes, que en la mayoría de los casos, viven una realidad que poco o nada se asemeja a la que resumen en sus fichas de lectura o a la que tratan de "aprehender", subrayándola en el sinnúmero de fotocopias y documentos que "consumen" con la ansiedad del que sabe que *tiene* que dar una lección, que *debe* reproducir el discurso del teórico de moda.

¿Cuáles son las condiciones de lectura de los estudiantes en las escuelas de comunicación?. . . ¿Conocen los estudiantes las condiciones de produc-

ción de los textos que consumen? . . . ¿Qué tipo de literatura está apoyando la labor docente?

En lo que se refiere a la legitimidad de un proyecto académico, la cuestión radica, precisamente, en los intereses a los cuales se responde desde los resultados de su acción.

Si aceptamos que el origen de su constitución debe ser el reconocimiento de las necesidades y problemas del entorno en el que se halla inmerso, sólomente desde allí, se pueden empezar a considerar la validez de las opciones que configuran la estructura curricular.

La definición académica de una escuela de comunicación ciertamente involucra algo más que una selección de asignaturas para el plan de estudios. La falta de articulación entre los contenidos teóricos y las prácticas de los talleres de "Medios" que se imparten en un mismo período académico y a lo largo de los años de formación, tiende a reforzar la falsa idea de que "teoría" y "Práctica" son momentos irreconciliables de la actividad profesional del comunicador.

Es un hecho que las condiciones de posibilidad para el logro de los objetivos de cualquier proyecto académico, se generan desde el momento mismo de su diseño y planeación. Esta afirmación parte del supuesto de que existe interdependencia entre todos y cada uno de los elementos que intervienen en la práctica educativa. Además, concibe la planeación como un proceso dinámico, contínuo, flexible y estratégico, en el que deben participar todos los miembros de la comunidad académica, y aquellos que a pesar de no encontrarse directamente involucrados en la dinámica escolar, acogen a los egresados de las escuelas para vincularlos a sus organizaciones de información y/o comunicación.

El profesor Raul Fuentes anotaba en sus "Apuntes para un Diseño Curricular en Comunicación" (2), algunos criterios sobre la dinámica de participación que debe promover las actividades de diseño y planeación curricular:

"Ningún diseño curricular tiene sentido si profesores y alumnos no comparten sus postulados y no hacen propias sus definiciones y objetivos. Es en esta apropiación en donde su sustenta la dinámica del currículo y su efectividad social. Pero para ello hay dos condiciones: primero, que el diseño se elabore como un ejercicio dinámico de participación en sí

(2) FUENTES NAVARRO, Raúl: "Apuntes para un Diseño Curricular en comunicación". CHASQUI, Número 7 (Julio - septiembre 1983) Quito, CIESPAL, pág. 83.

mismo, que sea producto de la reflexión de aquellos cuya carrera orientará; el segundo, que provea los espacios para que esa participación se operacionalice y actualice permanentemente; es decir, que el currículo propicie la transformación de su estructura como parte integral de los propios procesos formativos”.

La pregunta en este caso sería si los estudiantes y docentes de nuestras comunidades escolares conocen y sobre todo comparten los objetivos que le dan sentido a los años de labor académica.

Otro de los aspectos que vale la pena rescatar, es el de la “investigación”. Su situación no puede ser clara cuando se le *instituye* como una práctica aislada de las demás actividades de la experiencia formativa. Este supuesto conduce a que los estudiantes la asocien con un tipo de “habilidad” propia de superdotados y que consiste en el seguimiento de una serie de pasos “obligatorios” conducentes a la elaboración de una tesis de grado.

Mientras se mantenga la idea de que la práctica investigativa es aislable de la producción, difícilmente se logrará una inserción comprometida y sobre todo conciente en los procesos comunicacionales reales. La investigación no puede considerarse como una “destreza”; es una *actitud investigativa* la que debería mediar las aproximaciones de profesores y estudiantes a esa parte de la realidad social que constituye el campo de problemas por el que ha optado la escuela desde su definición académica.

La investigación, entendida como actitud, será el fundamento para una producción que no discrimine los campos expresivos en los que se puede trabajar.

Si aceptamos este concepto de investigación, podremos cuestionar los criterios desde los cuales evaluamos en la actualidad la producción en las diferentes áreas de la actividad profesional. Desde este punto de vista, cabe preguntarse si la creatividad y la producción de alternativas se ven obstaculizadas por la rigidez de la normatividad escolar, o quizá, la carencia de criterios para evaluar otro tipo de prácticas, no hace otra cosa que promover las que diariamente cuestionamos. Si continuamos separando la investigación de la producción, no será posible superar esa concepción “profesionalizante” y negativa que supone que sólo debe investigar el especialista en metodología; que los demás profesionales están eximidos de ese desagradable requisito académico.

De otra parte, la imagen “social” del “comunicador” es la del Informador: Periodista, publicista o relacionista. Está emparentada con una concepción

de la comunicación que pierde de vista las dimensiones antropológicas y políticas de los procesos comunicacionales. Las expectativas de la mayoría de los aspirantes a las escuelas de comunicación se encuentran más cerca de este concepto del comunicador "informador", y es precisamente por esta razón, que deberían constituirse en un "objeto" de reflexión por parte de aquellos que están formulando los proyectos académicos.

En lo que respecta a los egresados, las escuelas no parecen manifestar un interés muy claro por establecer las condiciones necesarias para conocer sus logros en el espacio extra-académico.

La apertura de espacios para que los egresados participen en la dinámica de reflexión y evaluación de los procesos formativos, permitirá reconsiderar aquellos aspectos que habiendo formado parte de la experiencia formativa de una generación, deben modificarse, para responder a las nuevas exigencias y necesidades de la situación comunicacional real.

Dentro de la extensa gama de cuestiones que podríamos hacernos respecto al modo de ser de las relaciones entre los sujetos de la comunidad escolar, de ésta con su entorno socio-cultural, y que necesariamente nos remiten a la relación que existe entre los objetivos de formación y los procesos a través de los cuales se promueve la enseñanza de la comunicación, existe una que definitivamente se plantea como la central: ¿Qué concepto de comunicación se encuentra en la base de las prácticas formativas en nuestras escuelas?.

Es necesario reconocer que el modelo de interacción académica, se acerca en la realidad al proceso de "comunicación" que describieron los sociólogos norteamericanos con la ayuda del esquema "estímulo-respuesta", y que gracias a éste, redujeron a la simple transmisión de información desde un polo emisor (en este caso el docente), hacia un polo receptor (el alumno).

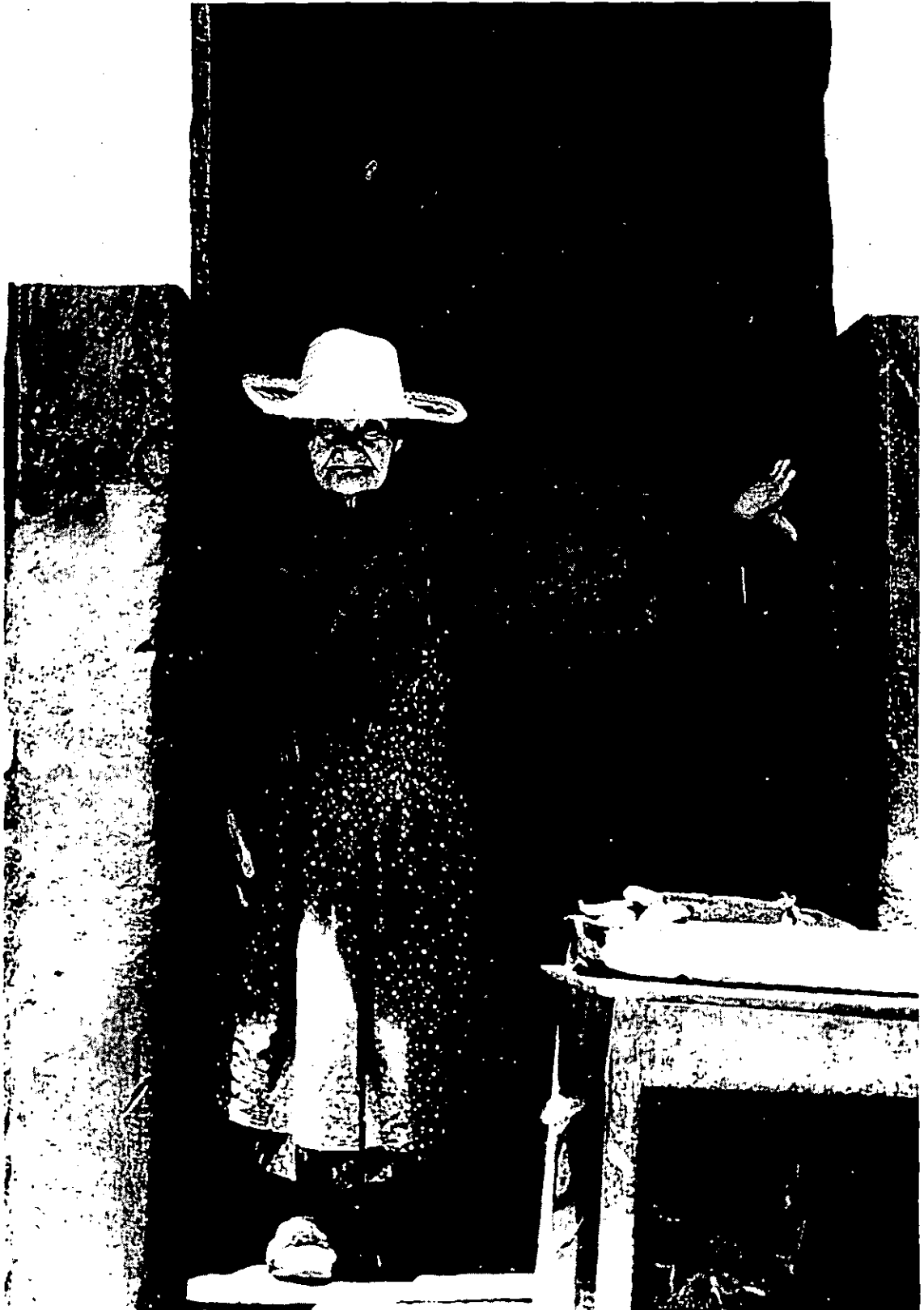
Si tratáramos de promover una relación de interacción comunicacional, fundamentalmente humana, como la que comprendió Pasquali, y en la que la participación hace posible la búsqueda y constitución del sentido, entonces debemos ser conscientes de que aún nos falta mucho trecho por andar.

No corresponde a los objetivos de esta reflexión el señalar cuál sería el "objeto" para una definición académica; sea cual sea la que se asuma, el asunto de la constitución de un eje para la articulación de una estructura curricular, no es nada simple.

Una definición académica supone la opción por un campo de problemas desde un concepto de comunicación. En este sentido, delimita el horizonte

de comprensión desde el que se observa la problemática comunicacional y se le otorga sentido a la práctica profesional.

Desde esta perspectiva, **COMPRENDER** la naturaleza socio/cultural histórica y política de los procesos de comunicación, resulta fundamental, para revalorar el papel del sujeto en la transformación de las prácticas académicas desde las cuales se pretende "comunicar" su sentido. Y como consecuencia de la vivencia de una relación comunicativa, el egresado estará en capacidad de promover la instauración de verdaderos procesos de comunicación social.



"VIEJITA", Gloria Marcela Méndez (Alumna de III Semestre).